

Vol. 12, No. 1, Fall 2014, 30-53

## **Espectros y daños colaterales: memorias mediáticas de la invasión estadounidense de Panamá**

**Emily F. Davidson**

Pacific Lutheran University

### *Introducción*

El 20 de diciembre de 2009 se conmemoró en Panamá el vigésimo aniversario de la invasión estadounidense de 1989. Los periódicos principales, como *La prensa*, *El Panamá América* y *La estrella de Panamá*, vendieron revistas conmemorativas a todo color que prometían contar toda la historia y entrar de frente a la díaada invasión/liberación, el punto muerto discursivo que rodea el recuerdo de esta fecha. La selección diversa de textos recopilados, artículos y editoriales aparentaba ser equilibrada, al igual que la amplitud del archivo fotográfico, que incluía algunas de las imágenes más icónicas de la pre y pos invasión: Noriega preso, las fosas comunes y vistas aéreas de los “daños colaterales”. El término militar, “daños colaterales”, normalizado en la jerga popular, se define como “los daños accidentales, las heridas o muertes, causadas por una acción bélica, especialmente las bajas civiles resultantes de una operación militar” (“Collateral Damage”). A más de veinte años de la fatídica fecha del 20 de diciembre de 1989, aún se sienten las secuelas del daño colateral: los efectos psicológicos, los discursos políticos polarizados,

que intentan ordenar e imponer su comprensión de los hechos, el olvido selectivo y las narrativas vacías de libertad y democracia.

El archivo fotográfico de la invasión, resucitado en el vigésimo aniversario, reveló espacios llenos de fantasmas, víctimas sin contar, figuras tachadas de “maleantes” y “norieguistas” y rostros cuya borradura ha sido facilitada por discursos osificados y simplistas de guerra. La conmemoración de este acontecimiento traumático, captado en el título de la revista conmemorativa de *La prensa*—“La historia de una invasión que restableció la democracia en Panamá”—revela una reinterpretación problemática de los hechos que entra en conflicto inherente con el deseo, compartido por muchos, de aclarar el número real de víctimas, que varía entre 516 y 4000 muertos.<sup>1</sup> El hecho de que el número oficial de muertos siga sin ser resuelto, contribuye a intensificar la espectralidad de las víctimas. No tienen nombre ni identidad. Existen en la esfera de la especulación. No obstante, esta presencia fantasmal es el lenguaje persistente de los espectros. “El fantasma”, como plantea Avery Gordon (1997), “no es simplemente un muerto o un desaparecido, sino una figura social, e investigarlo puede conducir a ese sitio denso donde la historia y la subjetividad constituyen la vida social” (8). Los espectros de la invasión son un recuerdo constante de la debilidad de las democracias construidas sobre los daños colaterales, democracias que abrazan doctrinas de violencia basadas en la premisa que algunas vidas valen más que otras.

En este artículo propongo un recorrido por los espectros que emergen de las narrativas mediáticas de la invasión, un acontecimiento traumático cuya memoria en Panamá constituye un fantasmagórico (*haunting*), una presencia fantasmal del pasado que habita el presente. Siguiendo la propuesta de Gordon, arguyo que la reconstrucción de las historias de fantasmas presenta la posibilidad de “reparar errores de representación”, “comprender las condiciones bajo las cuales se produjo

---

<sup>1</sup> En el reporte de *The Independent Commission of Inquiry on the US Invasion of Panama* (1991), encabezado por el ex abogado defensor estadounidense Ramsey Clark, se recopilan diversos recuentos de las víctimas. El documento detalla las investigaciones de varias organizaciones de derechos humanos, la Iglesia Católica, la Cruz Roja Internacional y El Comité Nacional de Víctimas y Caídos que logró conseguir la exhumación de 4 de las presuntas 14 fosas.

una memoria” y trabajar “hacia una contramemoria para el futuro” (22). En otras palabras, la “espectrología” (*hauntology*) ofrece un método para afrontar un pasado en disputa, una forma de crítica retórica que reconozca a los muertos y figuras fantasmagóricas, literales y figurativas, que dan forma a nuestra comprensión de la realidad (Derrida 1995).

Comienzo con una exploración de las historias raciales y geopolíticas que convergen en el barrio de El Chorrillo, el punto central del ataque estadounidense, para entender la conversión de este espacio estigmatizado en daños colaterales. Establecido este trasfondo, examino varias figuras espectrales en las narrativas iconográficas, de la derecha y la izquierda, que enmarcaron la interpretación de los hechos antes de la intervención—durante la guerra de “baja intensidad”—y en los meses justamente después. Por un lado, analizo la cobertura selectiva de la prensa oficial, que prescribió cuáles serían los cuerpos y espacios privilegiados o invisibilizados en representaciones del conflicto codificadas éstas por medio de categorías de raza y clase. Figuras heroicas o liberadoras fueron yuxtapuestas contra cuerpos enemigos y espectros sospechosos que amenazaban en las ruinas de las zonas afectadas. Por otro lado, exploro diversas estrategias empleadas por la prensa alternativa para subvertir y cuestionar la cobertura selectiva de la prensa oficial, ofreciendo un contra-discurso contundente que visibiliza la destrucción y aboga por la justicia. Aún así, este discurso presentaría serias limitaciones al convertir las víctimas en mártires y resucitar memorias de un pasado plagado por sus propios fantasmas. Concluyo con una breve revisión de la cobertura periodística del vigésimo aniversario de la invasión (2009) en la cual se percibe cierta centralización y neutralización de los discursos polarizados del pasado. A pesar de la promesa de objetividad, la prominencia de algunas narrativas y la omisión de otras revela que resulta inconveniente afrontar a ciertos fantasmas de la invasión, especialmente la figura del ciudadano cómplice.

Si bien las fotografías “son un medio que dota de ‘realidad’ (o de ‘mayor realidad’) a asuntos que los privilegiados o los meramente indemnes acaso prefieren ignorar”, también reservan la posibilidad de manipular y distorsionar la mirada (Sontag 7). La evidencia fotográfica de guerra no se

convierte automáticamente en un discurso inteligible, ni se traduce en la capacidad de ver y percibir el dolor de otros. Las mismas imágenes pueden provocar reacciones diversas: “Un llamado a paz. Un grito de venganza. O simplemente la confundida conciencia, repostada sin pausa de información fotográfica, de que suceden cosas terribles” (Sontag 13). La revisión de la iconografía de la invasión que planteo en este breve recorrido será guiada tanto por la propuesta de Gordon como por las intervenciones críticas de Susan Sontag, Judith Butler y Marita Sturken, teóricas que cuestionan el poder discursivo de las imágenes de guerra y las posibilidades y limitaciones que éstas ofrecen a la hora de transmitir el dolor ajeno de “otros” que habitan tierras lejanas, a un público occidental. A diferencia de estas críticas, estoy interesada no tanto en la mirada ajena, sino en la mirada panameña sobre los daños colaterales que existen en su país, es decir, la mirada de los que están más cercanos a la violencia.<sup>2</sup>

#### *“Operación causa justa” y la conversión de El Chorrillo en daños colaterales*

Para comprender la conversión de El Chorrillo en daños colaterales, es decir, en un espacio que se considera desechable, hace falta entrar en las historias raciales, sociales y geopolíticas que convergen en este sitio. Vale la pena recordar los tres objetivos oficiales de la “Operación causa justa”, explicados en el informe de la pos-invasión del entonces presidente estadounidense George H. W. Bush: 1) deponer al General Manuel Noriega—acusado de traficar armas, drogas y otras actividades ilegales— para restaurar la democracia; 2) salvaguardar las vidas de las tropas y civiles estadounidenses en Panamá y la Zona del Canal; 3) garantizar la seguridad y la neutralidad del Canal de Panamá, así ejerciendo el derecho de intervención establecido en 1903 y reafirmado en 1974 en el polémico

---

<sup>2</sup> De acuerdo con este propósito, las imágenes reimpresas en este artículo fueron recolectadas en Panamá en los archivos de la hemeroteca de la Biblioteca Nacional Ernesto J. Castillero durante dos viajes de investigación para mi tesis doctoral “Canal Memories: Race, Space, and the Construction of Modern Panama” (2013). Es importante notar que el criterio de selección de imágenes fue informado no solo por la propuesta crítica expuesta aquí sino también por largas conversaciones con familiares, amigos, conocidos y profesores en Panamá, de diversas tendencias políticas, sobre sus memorias fotográficas de la invasión. Las imágenes, al igual que nuestros recuerdos, reflejan las imperfecciones producidas por el paso del tiempo.

“Tratado de la neutralidad” de Torrijos-Carter. El objetivo principal de la invasión fue la comandancia de las Fuerzas de Defensa, situada en el centro del barrio canalero de El Chorrillo, un barrio popular, históricamente marginado, poblado por diversos habitantes, incluyendo una numerosa comunidad afroantillana. Utilizo la designación “barrio canalero” para describir los barrios proletarios establecidos durante la construcción del ferrocarril y del canal que colindan con el antiguo territorio de la Zona del Canal. Políticas nacionalistas de carácter xenófobo, como las reformas constitucionales de 1941 que impedían la nacionalización de afroantillanos y asiáticos, han contribuido a la percepción de que los barrios canaleros, como El Chorrillo, son extensiones de la infamia del enclave colonial, espacios depuestos fuera de la nación y poblados por extranjeros indeseables.<sup>3</sup>

La novela canalera *Luna verde* (1950) del escritor nacional Joaquín Beleño capta con claridad la correlación entre la migración de las Antillas, descrita como “una etapa de antillanidad impuesta por este sedimento negro venido de las islas del Caribe” y la posterior estigmatización racial de El Chorrillo (206). En este *bildungsroman* el protagonista que migra a la ciudad desde el interior, el centro simbólico de la hispanidad imaginada, observa la presencia de los “chombos” con disgusto, afirmando “Me asfixio de ellos [...]. Sólo me consuela que escapo del barrio del Chorrillo cuando vuelvo al colegio por la mañana” (27). Si bien el final de la novela anuncia una protesta unificada contra la presencia colonial estadounidense y el deseo utópico de una identidad nacional que supere las designaciones raciales, no logra unir las piezas fragmentadas del Istmo.

Como retrata el cierre de *Luna verde*, a mediados del siglo veinte, debido a su proximidad a la Zona y El Instituto Nacional, El Chorrillo llegó a ser un centro importante de las luchas por la soberanía, como las manifestaciones estudiantiles de 1964. Tras el golpe del ‘68, que dio

---

<sup>3</sup> Hoy en día se emplea el término “afrodescendiente” en Panamá para englobar a los “afrocoloniales”, descendientes de los esclavos del Istmo y a los “afroantillanos”, cuyos antepasados constituyeron la fuerza laboral que soportó el peso del proyecto canalero. No obstante, aún quedan rastros de la percepción negativa de los afroantillanos, designados de forma peyorativa como “chombos”, lacayos de los EE.UU. y migrantes cuya lengua inglesa y religión protestante amenazan la unidad nacional.

comienzo a “la dictadura” o “el gobierno populista” según el que recuerde, el General Omar Torrijos Herrera insistió en la ubicación de la comandancia en el corazón de El Chorrillo como símbolo de su solidaridad con las clases populares. Durante la época torrijista, panameños mestizos y afrodescendientes llegaron a ocupar puestos de importancia en “la yunta gobierno-pueblo” y en las fuerzas militares, derrocando así el poder histórico de una oligarquía blanca. En sus recuerdos de la invasión de 1989, el escritor y militar José de Jesús Martínez (1994), lamenta la irónica responsabilidad de Torrijos en el porvenir de El Chorrillo como objetivo central de la ofensiva norteamericana: “Para mí es muy reconfortante saber que Torrijos está muerto y que no puede ver las consecuencias de ese acto de amor que le tuvo a su barrio del Chorrillo” (399). En esta misma reflexión, el poeta hace una afirmación que pocos se atreven a decir: “Era un barrio tan miserable, el Chorrillo, tan pobre, que uno mismo está al borde de estar contento de que ya no exista más [...]” (399).

En la actualidad El Chorrillo es considerado una “zona roja”, una designación utilizada eufemísticamente para connotar “barrio de negros”. En las noticias sobre la violencia que acecha el barrio, el término “chorrillero” se emplea de forma peyorativa como el equivalente de “maleante” o “pandillero”. A pesar de la existencia del mes de la etnia negra, esfuerzos por promocionar el orgullo afropanameño y la celebración folclórica de Panamá “crisol de razas”, aún queda mucho trabajo por delante para reparar la marginalización sistemática de las comunidades afrodescendientes. Destaco las historias intercaladas de El Chorrillo—de la época de la construcción del canal, de las manifestaciones de 1964, de los años divisivos de Torrijos, de la invasión y de los tiempos actuales—para dejar claro la complejidad del recuerdo espacializado, geopolítico y racial de este barrio proletario. Si algo se ha mantenido constante a través del tiempo, es la mirada sospechosa que se proyecta sobre el barrio y la percepción de su otredad. Esta mirada informa la mirada histórica de la invasión, facilitando la conversión de este espacio estigmatizado en daños colaterales.

*La prensa oficial: la pre y post invasión y la guerra mediática de baja intensidad*

La imagen más notoria de la guerra mediática de baja intensidad de la pre- invasión es la fotografía del ataque brutal a Guillermo “Billy” Ford Boyd, candidato para la vicepresidencia, de mayo de 1989. En Panamá es una de las fotografías más reproducidas de la época, como se vio evidenciado en los homenajes que le hicieron a Ford cuando falleció en 2011. La escena, captada por el reportero gráfico Ron Haviv, sirvió de prueba fehaciente de la intensificación de la violencia en Panamá que frustraba la anhelada transición democrática. Aún así, el impacto de la fotografía, dentro y fuera de Panamá, no reside solo en el acontecimiento captado, sino en el uso de la misma por los medios *mainstream* y la recepción de su dinámica racial. La maquetación de la fotografía en la portada omnipresente del ejemplar de *Time* del 22 de mayo de 1989, bajo el titular “Politics, Panama-Style”, desencadena la creación implícita y explícita de varios espectros para justificar la intervención armada de diciembre. Oculta y olvidada en esta representación de “la política a lo panameño” es la larga y estrecha relación geopolítica entre la CIA y Noriega (apodado cariñosamente por Bush como “nuestro hombre en Panamá”) y la financiación norteamericana de su oposición política cuando el caudillo dejaba de servir a sus intereses.

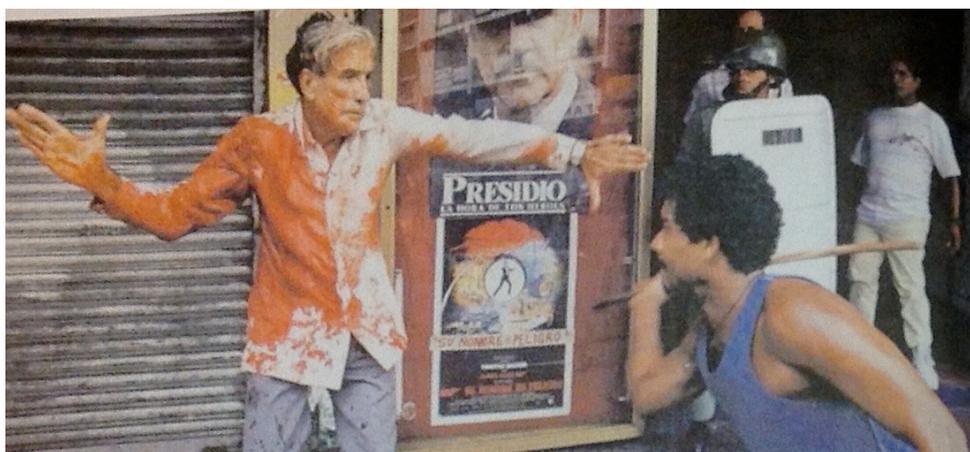


Fig. 1. Ron Haviv. Ataque a Billy Ford (mayo 1989). Imagen cortesía de Ron Haviv/VII. Archivo: Davidson\_Fig1.JPG

Dentro del contexto de la memoria mediática panameña, la imagen sirve como un antecedente importante del poder de las representaciones racializadas de la invasión. La imagen horripilante de Ford, un hombre blanco, vestido de blanco, indefenso y vulnerable contra un agresor negro y musculoso, pone en marcha los procesos simultáneos de humanización/deshumanización, señalados por Judith Butler (2003). Asimismo, el subtítulo de la foto constituye un llamado a la guerra: Noriega, representado por el batallero, *bludgeons his opposition and the U.S. turns up the heat* [apalea la oposición y EE.UU. aumenta la presión]. Al destacar esta imagen, no pretendo en absoluto justificar la violencia infligida por el hombre en la foto ni desestimar su importancia como evidencia de una violación de derechos humanos. Mi intención es ilustrar visualmente la codificación racial inherente en las imágenes que giran en torno al recuerdo de la invasión y la respuesta problemática a la violencia mediante el uso de más violencia.

Ford, ensangrentado y victimizado, es una figura recordada en la memoria pública panameña que provoca indignación y horror. La guayabera blanca transmite la memoria de las manifestaciones multitudinarias de la Cruzada Civilista, un movimiento liderado por el sector bancario que exigía la transición a la democracia. Por otro lado, el agresor ha sido subsumido dentro del cuerpo anónimo del “enemigo espectral”, plasmado en la figura del “batallero”, “norieguista”, o “chorrillero”. Refiriéndose a la presente “guerra contra el terrorismo”, imaginada como “una guerra sin final”, Butler arguye que los conflictos violentos se justifican “indefinidamente, siempre en relación al eterno espectro de su enemigo” (90). La espectralidad de los cuerpos enemigos en Panamá se construyó de forma explícita, a través de la guerra psicológica de baja intensidad transmitida por los medios estadounidenses y por la cultura de miedo promovida por el régimen norieguista. A la vez, de forma implícita, el miedo escénico de maleantes norieguistas de piel oscura de lugares como El Chorrillo, San Miguelito y Colón, fue condicionado por

prejuicios preexistentes, contruidos por las historias geográficas y raciales del canal.<sup>4</sup>

La noche de la invasión, el despliegue clandestino del avión Stealth, los helicópteros Apache, y 417 explosiones en las primeras catorce horas, le servirían al ejército estadounidense para ensayar la estrategia de *shock and awe* [conmoción y pavor] y del *surgical strike* [ataque quirúrgico] que utilizarían en las Guerras del Golfo. Cientos de periodistas fueron retenidos en el aeropuerto o en la sala mediática de la Zona del Canal, asegurando así que en los días posteriores al ataque, el mundo no vería los muertos, a los 20.000 refugiados, ni el barrio del Chorrillo diezmado, sino imágenes de panameños celebrando en las calles, dándoles las gracias a las tropas liberadoras.<sup>5</sup> *La prensa* y *La estrella de Panamá* siguieron el patrón narrativo de los medios estadounidenses.<sup>6</sup> La imagen de Noriega preso llegó a ser la sinécdoque de la invasión. Con esta fotografía se transmitió el cierre de una narrativa simplificada y ubicua de guerra, en la cual la captura

---

<sup>4</sup> Martínez evita la tendencia nacional al eufemismo al resaltar la influencia de la clase social en la percepción popular de los batalloneros: “Casi todos los miembros de los Batallones eran negros o cholos, sudados, mal vestidos y el pueblo los supuso en su bando y no tomaba sus órdenes demasiado en serio. Los ricos, por supuesto, los supusieron en el bando de sus enemigos” (403). En su cobertura excepcional del vigésimo aniversario de la invasión, Guido Bilbao (2009) aporta matices que retan la caracterización estereotipada de los grupos de defensa civil: “Los batallones de la dignidad y los Codepadi se componían de dos mil ‘voluntarios’. Había de todo: empleados públicos sumados a la fuerza, desocupados que sacaban de allí bolsas de comida y también civiles que querían defender a la patria ante la amenaza estadounidense. Jamás recibirían el entrenamiento anunciado” (28). Bilbao resalta las acciones pacíficas de los Batallones como una manifestación en la cual buscaron “revivir la gesta del 9 de enero 64”, armándose con banderas para protestar el sobrevuelo de aviones y la presencia provocadora de tanques de guerra estadounidenses durante la guerra de baja intensidad (29).

<sup>5</sup> A partir de la invasión norteamericana de Grenada de 1983 el ejército norteamericano implementó el sistema del “media pool” para controlar el acceso de los periodistas a las zonas del conflicto. Bajo este protocolo el ejército estadounidense establecería las “reglas de participación” y controlaría el movimiento de un grupo preseleccionado de periodistas, determinando cuándo éste sería “activado y desactivado” (Johns y Johnson 65, *trad. mía*). La muerte notoria del fotógrafo español, Juanxu Rodríguez, disparado por un soldado estadounidense por fotografiar en un área restringida, explicita el acceso limitado de la prensa durante la invasión. Véase Johns y Johnson, Torres y el documental de Trent, *The Panama Deception* (1992), para más detalles sobre los controles mediáticos de la invasión.

<sup>6</sup> *La prensa* fue fundada en 1980 como un periódico anti-torrijista por el empresario Roberto Eisenmann y un grupo de líderes de la oposición. *La estrella de Panamá* es el periódico más viejo del istmo. Empezó como un folleto dentro de la publicación en inglés *The Panama Daily Star*, una filial de *The Panama Star* fundada en 1849 durante la Fiebre de Oro.

de un enemigo que personifica la maldad sirve para restablecer los “valores democráticos”.

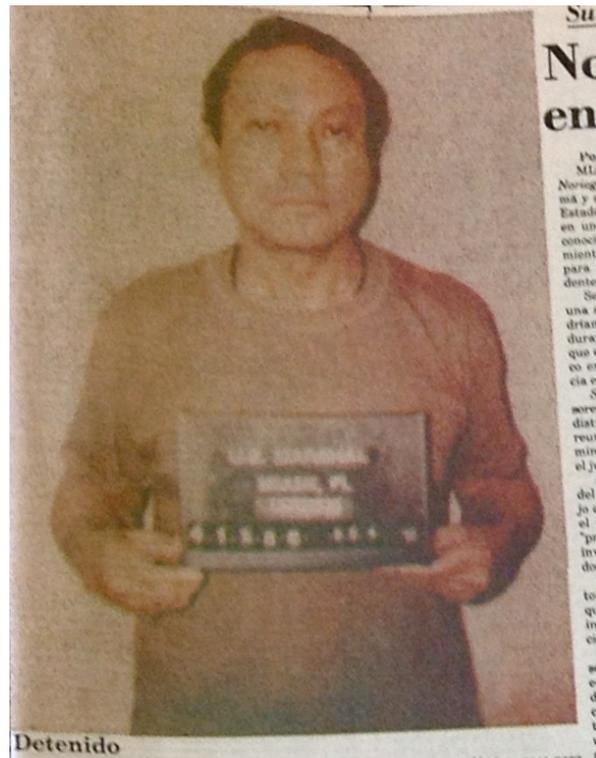


Fig. 2. Noriega preso, *La estrella de Panamá* (6-1-1990). Archivo: Davidson\_Fig1.JPG



Fig. 3. Panameños celebran en Chiriquí, *La prensa* (12-1-1990). Archivo: Davidson\_Fig3.JPG

Al igual que la cobertura mediática de la Guerra del Golfo Pérsico, analizada por Marita Sturken (1997), en la que el uso constante de la imagen de Sadaam Hussein sirvió de sustituto de los cuerpos ocultos de soldados iraquíes, la foto de prontuario de Noriega sirvió de sustituto de los cadáveres de las Fuerzas de Defensa y los Batallones de la Dignidad. Paralelamente, las figuras robustas de soldados estadounidenses y panameños jubilosos reemplazaron la imagen de los lesionados y los muertos. En la portada de *La prensa*, la imagen de una relación romántica incipiente entre una panameña y un soldado de la marina, imitaba la famosa foto de Alfred Eisenstaedt “El beso” de 1945, una imagen sinónima de la felicidad de la posguerra. El subtítulo, “Esta hermosa y joven pareja nos da la oportunidad de definir la situación”, transmite la resolución feliz



del conflicto a través del amor heteronormativo. El héroe norteamericano salva a la doncella en apuros—un amor que cumple con el mandato de la guerra psicológica de “conquistar corazones y mentes”.

Fig. 4. Aurelio Jiménez. Pareja hermosa, *La prensa* (20-1-1990). Archivo: Davidson\_Fig4.JPG

Las noticias sobre *La estrella de Panamá* incluyeron más imágenes de la destrucción de El Chorrillo, sin embargo, la mayoría de éstas fueron vistas aéreas, demasiado alejadas para apreciar los daños. Además, la maquetación y textos acompañantes desviaron la mirada lejos de las víctimas y la violencia espantosa para enfocarse en el enemigo amenazante aún entre las ruinas. En varias ocasiones, las fotografías de la

destrucción fueron yuxtapuestas con fotos de saqueadores o reportajes sobre la detención de seguidores leales de Noriega. Borrar la frontera entre la zona del ataque y el sitio de las actividades ilícitas transmitió una mirada sospechosa sobre los daños colaterales, socavando así la posibilidad de identificarse con las víctimas. Hasta en un reportaje fotográfico sobre los damnificados, se capta el tono de sospecha cuando la reportera aplaude los esfuerzos de la Cruz Roja y el ejército norteamericano por “mantener el orden” en el campo, evitar “el robo entre los propios habitantes”, y controlar “ciertos materiales ilícitos en su poder” (De Jiménez 4B).

#### IV. “Los muertos indóciles”: la prensa alternativa

La prensa alternativa, incluyendo revistas como *Diálogo social*, los periódicos *Bayano*, *Liberación* y *El periódico*, se opusieron al ataque estadounidense, clasificándolo como una aberración y una invasión ilegal.<sup>7</sup> Esta contranarrativa consistía en una mezcla de géneros, incluyendo periodismo investigativo, panfletario, y amarillista, testimonios, caricaturas

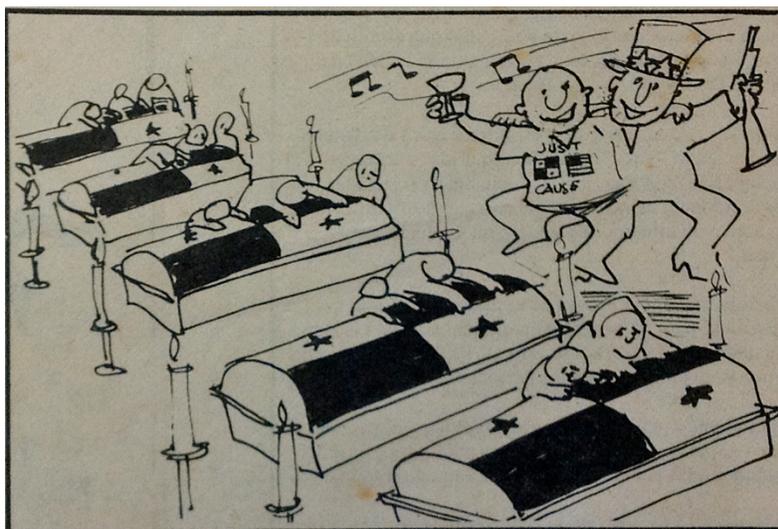


Fig. 5. Bailan sobre los muertos, *El periódico* (enero 1990).  
Archivo: Davidson\_Fig5.JPG

<sup>7</sup> *Bayano* (1974-1989) fue un periódico bi-semanal, creado por una facción política dentro del torrijismo, cuya cobertura tuvo un papel central en movilizar el apoyo popular de los Tratados Torrijos-Carter. Creada en los años ochenta y dirigida por el sociólogo panameño Raúl Leis, la revista *Diálogo social* fue financiada por los jesuitas. Sus colaboradores fueron intelectuales centroamericanos de la izquierda, profesionales y curas, comprometidos con la prensa alternativa y las políticas de justicia social. *El periódico* fue una publicación clandestina que emergió inmediatamente después de la invasión.

políticas y textos literarios. Una mezcla de tenores, desde los discursos de derechos humanos a la retórica revolucionaria y patriótica, reflejaba la diversidad de la izquierda panameña y consistía en una cacofonía de voces opositoras.

En las primeras semanas después de la invasión, *El periódico* y *Diálogo social* utilizaron caricaturas para denunciar el ocultamiento de las víctimas de El Chorrillo y la desconsideración de la necesidad y el derecho al duelo. Los dibujos llamaron la atención a la aborrecible recepción celebratoria por parte de ciertos sectores de la población civil. En una viñeta de *El periódico*, un panameño que lleva una camiseta conmemorativa de la “Operación Causa Justa”, brinda y celebra la victoria junto al Tío Sam.<sup>8</sup> Los efectos dañinos de las fotos originales se hicieron explícitos, ya que las figuras cómplices bailan literal y metafóricamente sobre las tumbas de los muertos. La portada de *Diálogo social* (feb.-mar. 1990) resaltaba los intereses neoliberales detrás de la invasión con otro Tío Sam que se asolea en la playa rodeado por dos mujeres identificadas como la “oligarquía panameña”. La fuerza de la imagen recae en el hecho de que la vecindad playera en el dibujo se asienta entre las ruinas de El Chorrillo. El campo de crucifijos y el malicioso *ménage à trois* chocan con la imagen del sitio de memoria patriótico del Cerro Ancón, símbolo por excelencia de la lucha panameña por la soberanía y la recuperación del territorio de la Zona del Canal.

---

<sup>8</sup> Las camisetas conmemorativas de la “Operación Causa Justa” no son una creación del dibujante anónimo de *El periódico*. En varios blogs de recuerdos de la invasión se puede ver fotos de jóvenes panameños llevándolas orgullosamente. Recordando su niñez, el periodista Roberto Quintero cuestiona la procedencia de estas prendas, “Anhelamos la caída de la dictadura militar y siendo niños nos pusimos el suéter que decía Just Cause—¿quién los hizo, que ya estaban listos y repartidos antes que agarraran a Noriega?—Fuimos parte del juego y celebramos ingenuamente, sin saber que éramos nosotros los que habíamos perdido” (58).

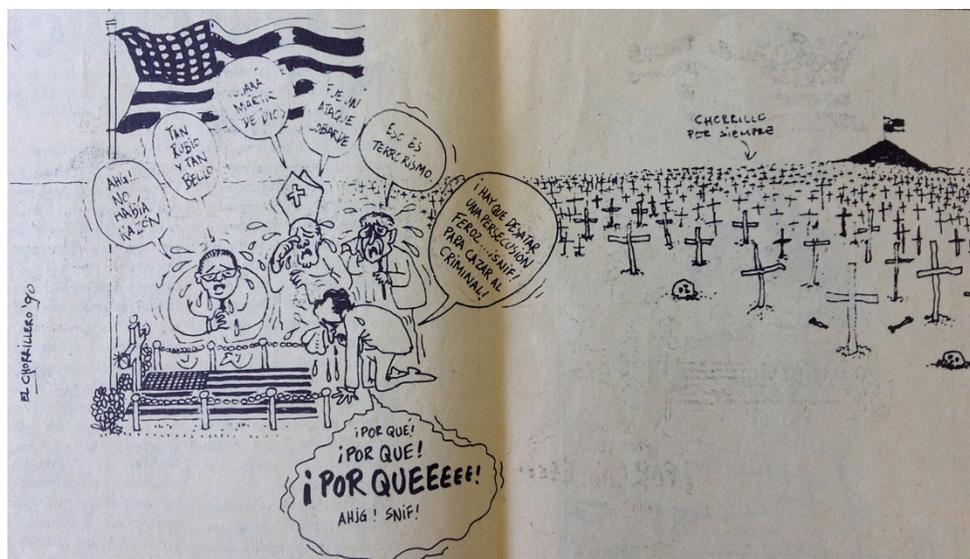


Fig. 6. El Chorrillero. Tan rubio y tan bello. *El periódico* (enero 1990). Archivo: Davidson\_Fig6.JPG

En otra caricatura se veía un cementerio y se criticaba la postura cómplice del Gobierno de Reconstrucción y Reconciliación que nunca titubeó en su apoyo a la intervención militar estadounidense, a pesar de las denuncias internacionales de su ilegalidad y el uso extremo de la fuerza. El dibujo satírico de un artista, identificado como “El Chorrillero”, pone de relieve la “jerarquía del duelo” establecida después de la invasión (Butler 89). En la imagen el nuevo gobierno lamenta la caída de *un* solo soldado estadounidense mientras da la espalda al Cerro Ancón—apenas visible a la distancia—y a centenas de tumbas y restos mortales en El Chorrillo. El sollozo del Presidente Endara “tan rubio y tan bello”, destapa la codificación racial del duelo, mientras los crucifijos sin nombre recuerdan la ausencia de un obituario, cuya existencia, según Butler, es imposible bajo la lógica de la guerra: “No hay obituarios para las víctimas de guerra que los Estados Unidos producen, y no puede haberlos. Para que hubiera un obituario, tendría que haber habido una vida, una vida digna de notarse, una vida digna de valorarse y preservar, una vida que califique para el reconocimiento” (90).

A través de la inversión retórica de la narrativa de liberación de la prensa oficial, los medios alternativos protestaron la impunidad de los líderes estadounidenses, que apoyan a las mismas dictaduras que terminan deponiendo a través de intervenciones bélicas. En una caricatura en la

portada de *Bayano*, la famosa foto de prontuario de Noriega, fue sustituida por la cara de Bush. En esta misma portada, la imagen sobresaliente de un cadáver sirve de buen ejemplo de las tendencias sensacionalistas que empezaron a girar en torno a las imágenes de los muertos. La proliferación de fotografías gráficas de muertos sirvió, sin duda, para mostrar la materialidad indisputable del daño colateral. Pero los cuerpos de mujeres, hombres y niños, víctimas de una violencia inimaginable, corrieron el peligro de convertirse en un elemento más del ruido político. En la mayoría de estas portadas, las imágenes de los muertos fueron utilizadas para evidenciar la violencia ocultada por el ejército estadounidense y borrada por la cobertura de la prensa oficial. Al carecer de testimonios y reportajes investigativos para explicar las escenas representadas, la exposición sensacionalista de los muertos estableció una brecha entre la figura espectral y la experiencia humana vivida.

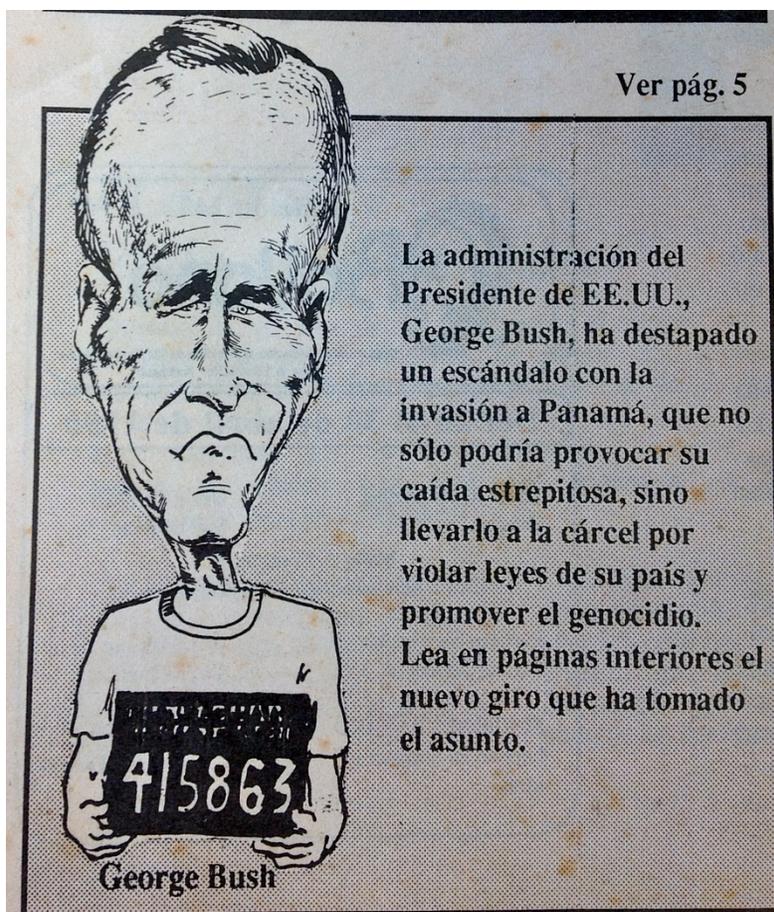


Fig. 7. Caricatura de Bush preso, *Bayano* (abr. 1990).  
Archivo: Davidson\_Fig7.JPG



Fig. 8. Morgue de Santo Tomás, *El periódico* (abr. 1990).  
Archivo: Davidson\_Fig8.JPG

Una portada de *El periódico* evidencia la apropiación política de las víctimas para reanimar los anhelos revolucionarios de ciertos sectores de la izquierda. En la fotografía conocidísima de la Morgue de Santo Tomás, el subtítulo identifica a los caídos como “mártires” que “[s]iguen pidiendo justicia”, animando políticamente los cuerpos a servicio de un discurso nacionalista: “los devastadores efectos que en la población civil causó la monstruosa agresión militar no han podido ser ocultados y cada día los mártires están más indóciles y pesan en la conciencia histórica de la Nación

ocupada”. La referencia a los mártires indóciles, sin duda provocó una fuerte reacción afectiva, ya que por asociación semántica, resucita las almas de los mártires de las manifestaciones del 9 de enero de 1964, jóvenes estudiantes cuya protesta llevó a los procesos de negociación que culminaron en los Tratados Torrijos-Carter.

Las imágenes de las protestas para conmemorar el sexto mes después de la invasión pusieron en evidencia el descontento generalizado de una gran parte de la población panameña. Bajo el titular “El Pueblo en la Calle”, el artículo de primera plana de *El periódico* detalló las manifestaciones en contra de la ilegalidad de la invasión, el ocultamiento de los muertos, la represión política de la post invasión y la falta de atención a los damnificados. La foto de las manifestaciones apareció sellada con el retrato del antiguo líder, Omar Torrijos, y la insignia “Torrijos vive”. Empleando un tono profético, el autor resucita la memoria de Torrijos para unificar e inspirar al pueblo, elevándolo al estatus de salvador: “Torrijos se alza por encima de la miseria y nos señala el camino seguro pavimentado en sacrificio, pero que tiene como premio dignidad, honor e independencia” (“El pueblo” 1).

La necesidad de recurrir a la imagen del héroe nacional y a las memorias de la lucha por la soberanía resulta comprensible dada la desilusión y división política de la época de la post invasión. Sin embargo, en esta representación, el acto del duelo y de la protesta, fue subsumido por la retórica revolucionaria del pasado, codificándolo como el acto exclusivo de los que se alineaban con el legado torrijista. Los manifestantes, que representaban comunidades, intereses e ideologías diversas, se presentaron como un cuerpo unificado, congregado alrededor del mártir nacional. Al alinear las identidades de los “mártires” con Torrijos, y por extensión, el legado militar que dio inicio al régimen norieguista, representaciones de este tipo frustraron su propio intento de fomentar el duelo nacional y colectivo.

### *Los fantasmas del vigésimo aniversario de la invasión*

El enemigo espectral que justifica la violencia, los fantasmas racializados del batallonero entre las ruinas, los damnificados sospechosos,

los cuerpos que evidencian la tapadera, las tumbas anónimas de los chorrilleros, y los mártires indóciles ligados a un pasado idealizado son tan solo algunos de los espectros que surgen de los archivos mediáticos de la invasión, historias de fantasmas que si bien pueden distorsionar la comprensión del pasado y facilitar el olvido, también ofrecen la posibilidad de conducirnos hacia una reinterpretación de las narrativas simplistas y osificadas de guerra. Al analizar los fantasmas presentes en las narrativas iconográficas de la pre y post invasión, se evidencian al menos tres tipos de daño colateral como efecto de la manipulación discursiva: 1) la martirización de las víctimas que alinea a los muertos y el acto de duelo con una sola orientación ideológica; 2) la estigmatización de los cuerpos enemigos que perpetúa una mirada racializada y apoya una comprensión maniquea de los “buenos” y “malos” de la historia; 3) la mirada sospechosa hacia El Chorrillo y la incógnita respecto al número real de muertos que acaban apoyando una lógica de la guerra que afirma que algunas vidas son desechables.

En el vigésimo aniversario de “La invasión que restableció la democracia en Panamá”, las mismas figuras fantasmales volvieron a aparecer, además de algunos espectros nuevos. Todas las publicaciones alternativas examinadas anteriormente habían dejado de existir, cediendo los trabajos de la memoria a los periódicos principales. No es mi intención desestimar los esfuerzos auténticos y bien intencionados de algunos colaboradores, quienes ofrecieron múltiples perspectivas y abogaron por el recuerdo histórico. Ante la ausencia de un día oficial de luto o un monumento para las víctimas, la conmemoración mediática se convirtió en un sitio importante de la memoria. Sin embargo, no es suficiente exigir que se recuerde. Hay que tomar una posición respecto del *cómo* se recuerda. La crítica de Diamela Eltit (2005), que analizó la saturación de imágenes mediáticas durante el trigésimo aniversario del golpe de 1973 que dio inicio a la dictadura en Chile, nos ayuda a analizar semejantes “políticas de desmemoria” en la conmemoración panameña. Como advierte Eltit, hay que mantenerse vigilante ante “la sensatez odiosa de los equilibrios”, la promoción artificial de “la objetividad en medio de una situación que resulta inobjetable” (31). La centralización de las narrativas de la invasión,

con su promesa falsa de objetividad, depende de la repetición de ciertos discursos, la borradura de otros, la comprensión y síntesis. En este proceso, detalles cruciales se dejan fuera o son relegados a los márgenes, perdidos en la conmoción, detalles que podrían inspirar una reflexión más compleja y profunda del pasado.

El artículo titulado “La violencia se instaló en El Chorrillo desde la invasión” trató la cuestión urgente de la relación entre las fallidas políticas de reparación y la violencia que aflige el barrio. A pesar de las buenas intenciones, la cobertura hizo tanto para abogar por la mejora del barrio como para reafirmar su estigmatización. Manteniendo la mirada alejada del barrio, la fotografía que acompañó el artículo ofreció una vista aérea de la destrucción de El Chorrillo. La juventud del barrio fue clasificada como una presencia amenazadora—“a los chiquillos es a quienes más se les teme por estos días”—, revelando la persistencia de una mirada sospechosa hacia el barrio (Sandoval 40). En todas las ediciones conmemorativas, la escasez de voces de los supervivientes de la invasión, de los damnificados que vivieron la violencia en carne propia, resultó en un silencio ensordecedor. A pesar de la existencia de colecciones de testimonios como *El libro de la invasión*, que contienen las voces de damnificados, familias de víctimas, militares y batalloneros, cuyas memorias complejizan los límites retóricos de las fotografías, las publicaciones privilegiaron las voces estimadas como más legítimas para hablar. El artículo, “¿Quién arrasó el barrio?: Incendio”, volvió a encender el fuego y a reavivar el espectro de los norieguistas, al privilegiar el testimonio polémico del Padre Javier Arteta, quien identificó a los batalloneros—y no el inmenso ataque aéreo estadounidense—como los autores del incendio devastador que arrasó El Chorrillo (Galindo 12).

Un gesto positivo en la cobertura de todas las publicaciones conmemorativas fue la inclusión de artículos que detallaban las investigaciones diversas que se habían realizado para resolver el número real de muertos. Algunos periódicos subrayaron el carácter incompleto del obituario al reimprimir el “Listado parcial de víctimas mortales”, originariamente publicado en 1992. Aún así, el título del artículo para introducir el listado, “Para no olvidar”, resulta irónico ya que el recuento de 1992 seguía sin alterarse (Koster 68). La impresión de los nombres de los

muertos constituye un gesto importante de duelo público y colectivo. Sin embargo, este gesto no significa nada sin acciones concretas para demandar que se organice una investigación oficial de cuántas personas murieron y cómo murieron, sin importar su orientación política.



Fig. 9. Bush Asesino, *La estrella de Panamá* (20-12-2009).  
Archivo: Davidson\_Fig9.JPG

La ubicación central del letrero de protesta “BUSH ASESINO”, que aparece en la fotografía del cementerio que acompañó el listado, reveló la centralización del discurso que denuncia el exceso de fuerza utilizado por el ejército estadounidense. No obstante, el mensaje recriminatorio del letrero también sugiere que resulta más cómodo denunciar a los Estados Unidos que afrontar la complicidad panameña en facilitar y aceptar la conversión de seres humanos en daños colaterales. Durante las conmemoraciones del vigésimo aniversario se borraron por completo las fotografías de panameños celebrando la llegada de las fuerzas de la “liberación”. Las figuras de ciudadanos cómplices—la pareja hermosa con su beso de final feliz, los panameños bailando con banderitas norteamericanas, el Presidente Endara posando orgullosamente con los *marines*—fueron eliminadas, acto de omisión que convirtió al cuerpo cómplice en otro fantasma de la invasión.



Fig. 10. Fuerza militar, *La prensa* (20-12-2009).  
Archivo: Davidson\_Fig10.JPG

En *La prensa* se alteró una imagen originariamente subtitulada “Soldados comparten júbilo con panameños” (8-1-1990). Se recortó la foto para eliminar al grupo alegre de panameños que celebraba al costado del vehículo de guerra norteamericano. El carácter polémico del subtítulo original fue neutralizado, convertido en una descripción banal: “Fuerza militar: durante y después de la invasión, en las calles de la ciudad se pudo observar gran cantidad de equipo bélico” (*La historia* 19). A pesar del intento de neutralizar el pasado, la presencia espectral del cuerpo cómplice emerge de la borradura. Desenfocadas en el fondo de la imagen aún se ven las astas de las banderas. El espectro nos guía a la escena original, revelando la verdad dolorosa y vergonzosa de que muchos panameños apoyaron el establecimiento de una democracia construida sobre los daños colaterales de la invasión.

Para entender por qué no se ha organizado una comisión de la verdad para investigar el número real de muertos y por qué no hay un día nacional de duelo o algún espacio oficial para recordar a las víctimas, hay que reconocer la presencia fantasmal del ciudadano cómplice y la cultura

de reverencia perpetua a la hegemonía estadounidense.<sup>9</sup> Reabrir el caso de las víctimas constituiría una ruptura con la cultura promocionada por el “Tratado de neutralidad” permanente del canal, así abriendo el camino hacia una democracia más legítima. Si deseamos entender el pasado y contribuir al cambio en el presente y el futuro, “tenemos que aprender a identificar las presencias fantasmales y afrontar los espectros, aprender a hacer contacto con lo que sin duda resulta doloroso, difícil y perturbador” (Gordon 23). Para llegar a una comprensión más compleja de la memoria histórica de la invasión y pedir alguna forma de justicia para las víctimas, hay que seguir los caminos hacia el pasado señalados por todos los fantasmas de la invasión, senderos que nos obligan a acercarnos a los daños colaterales, en todas sus manifestaciones.

### Referencias

- Beleño Cedeño, Joaquín. *Luna verde*. Panamá: Manfer, 1991. Impreso.
- Bilbao, Guido. *La estrella de Panamá: La caída* 20 dic. 2009: 5-54. Impreso.
- Bush, George H.W. “Fighting in Panama: The President; A Transcript of President Bush's Address on the Decision to Use Force.” *New York Times* 21 dic. 1989. Web. 12 sept. 2010.
- Butler, Judith. “Violencia, luto y política”. Trads. Edison Hurtado y Lola Pérez. *Iconos: revista de ciencias sociales*. 17 (2006): 82-99. Web. 10 oct. 2013.
- “Collateral Damage.” *The American Heritage Dictionary of the English Language*. 5<sup>th</sup>ed. 2011. Web. 15 dic. 2012.
- Derrida, Jacques. Trads. José M. Alarcón y Cristina Peretti. *Espectros de Marx: El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*. Madrid: Trotta, 1995. Impreso.

---

<sup>9</sup> Bajo la presidencia de Mireya Moscoso se creó una comisión de la verdad para averiguar las muertes y desapariciones ocurridas durante los años del gobierno militar, 1968-1989. A pesar de caer dentro de las fechas en cuestión, la comisión no investigó las víctimas de la invasión. Véase José Otero y el reportaje de *BBC Mundo*, “Informe de la Verdad en Panamá”.

- De Jiménez, Xenia. "Los refugiados." *La prensa* 31 ene. 1990: 4B. Impreso.
- "El pueblo en la calle." *El periódico*. jul. 1990.16: 1. Impreso.
- Eltit, Diamela. "La memoria pantalla (acerca de las imágenes públicas como políticas de desmemoria)." *Revista de crítica cultural* 32 (2005): 30-33. Impreso.
- Galindo, Samuel Lewis. "¿Quién arrasó el barrio?: Incendio (Fragmento de *900 días: colapso de una dictadura*)." *Panamá América: Invasión: 20 años después* 20 dic. 2009, ed. especial: 12-13. Impreso.
- Gordon, Avery F. *Ghostly Matters: Haunting and the Sociological Imagination*. Minneapolis: U of Minnesota Press, 1997. Impreso.
- Independent Commission of Inquiry on the U.S. Invasion of Panama. *The U.S. Invasion of Panama: The Truth Behind Operation "Just Cause"*. Boston: South End Press, 1991. Impreso.
- "Informe de la Verdad en Panamá." *BBC Mundo*. 18 abr. 2002. Web. 15 dic. 2012.
- Invasión: 20 años después*. Número especial de *Panamá América*. 20 dic. 2009. Impreso.
- Johns, Christina J, and P W. Johnson. *State Crime, the Media, and the Invasion of Panama*. Westport: Praeger, 1994. Impreso.
- Koster, Richard M. "Para no olvidar." *La estrella de Panamá: La Caída*. 20 dic. 2009, special ed.: 68-70. Impreso.
- La historia de la invasión que restableció la democracia en Panamá*. Número especial de *La prensa*. 20 dic. 2009. Impreso.
- Martínez, José de Jesús. "La invasión en Panamá." *Invasión a Panamá*. Número especial de *Revista Cultural Lotería* 399 (1994): 393-416. Impreso.
- Quintero, Roberto. "La pérdida de la inocencia." *La estrella de Panamá: La Caída* 20 dic. 2009, special ed.: 58. Impreso.
- Sandoval, Yolanda. "La violencia se instaló en El Chorrillo desde la Invasión." *La prensa: La historia de la invasión que restableció la democracia en Panamá*. 20 dic. 2009, ed. especial: 39-41. Impreso.
- Sontag, Susan. *Ante el dolor de los demás*. México, D.F.: Alfaguara, 2004. Impreso.

- Sturken, Marita. *Tangled Memories: The Vietnam War, the Aids Epidemic, and the Politics of Remembering*. Berkeley: University of California Press, 1997. Impreso.
- Torres, Maruja. "Juanxu Rodríguez, colaborador de *El país*, muerto a tiros en una zona controlada por EEUU." *El país*. 22 dic. 1989. Web. 11 mar. 2010.
- . "La última foto de Juanxu Rodríguez." *El país* 6 ago. 2006. Web. 11 mar. 2010.
- Trent, Barbara, David Kasper, Joanne Doroshow, Nico Panigutti y Elizabeth Montgomery. *The Panama Deception*. New York: Docurama, 2007. Film.